

nacer y crecer al personaje central de la obra, y en donde se estudia cómo la familia Macanaz adoptó diversas estrategias de supervivencia social que no fueron del todo desafortunadas. De hecho, esos esfuerzos permitieron que un nuevo miembro de la familia, Pedro Macanaz, experimentara un proceso de ascenso –y caída– muy similar al de Melchor. Esta nueva figura se vuelve central en esta parte del libro, retomando así la biografía como eje articulador del análisis, permitiendo examinar su exitoso camino hacia la corte, concretamente a través de la carrera diplomática. Años más tarde, se convirtió en uno de los miembros más importante de la camarilla y gobierno de Fernando VII –fue Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia–, aunque nuevamente cayó en desgracia. Con esta segunda “derrota” de los Macanaz concluye la obra.

PABLO ORTEGA-DEL-CERRO

*El libro español en Londres. La visión de España en Inglaterra (siglos XVI al XIX)*. Nicolás Bas, Barry Taylor (eds.): P.U.V. Universitat de València, 2016, 232 págs.

El presente libro recoge los trabajos presentados a la reunión científica celebrada en Londres en mayo de 2016. La temática interesa por tratar aspectos poco conocidos como es la visión que tenían los ingleses, o una parte de ellos, de los españoles y el interés por su cultura a través de los libros que compraban, vendían, leían y poseían en sus bibliotecas o librerías. Este conocimiento ha sido posible gracias al detallado análisis de catálogos, de librerías y bibliotecas privadas e institucionales, editores, incluso, correspondencias. Y por tratarse del libro español, ofrece una visión más amplia y novedosa de la que otros autores han hecho, anteriormente, sea Nigel Glendinning, Mónica Bolufer o Dunia García-Hontiveros, por citar algún ejemplo, cuyos rigurosos trabajos nos introdujeron en estos temas. No cabe duda que en el asunto de los libros y de la cultura, los tópicos, las leyendas negras y otros prejuicios han estado más presentes en la mente de los ingleses, hablando en general, que las buenas aportaciones en los distintos campos del saber. También han estado presentes los conflictos bélicos o las relaciones diplomáticas que se han caracterizado por su proximidad o lejanía según los intereses de los gobiernos de cada momento.

Barry Taylor estudia la biblioteca de William Bates en “Los libros españoles del Dr. William Bates (1625-1699) en la Dr. William’s Library de Londres”. Una figura con buenos conocimientos de latín, francés, italiano y español, a quien interesaban los libros más como lector que como coleccionista, y con ese afán enriqueció su biblioteca con una buena cantidad de libros españoles. Los libros podían estar editados en España, principalmente Madrid, Países Bajos, Portugal o México y escritos en latín, en español o traducidos al inglés o al francés. Sus autores favoritos, según el número de obras, fueron el jesuita Nieremberg, Lope de Vega, Soler Velasco, Gracián, Luis Vives, Góngora, Mena, Garcilaso, Boscán, etc. Además de sus intereses literarios destacan la razón de estado y la teoría política. Llama la atención la encuadernación típicamente española, al menos de una treintena de obras que, por lo que se puede deducir, fueron adquiridas en la misma librería madrileña. La colección de Bates, cuya biblioteca se conoció a través de un catálogo de 1725, es para un lector al que le interesan los temas contemporáneos y compatible con el resto de libros que posee.

Geoff West se centra más en la literatura popular en “The acquirer of Spanish chapbooks by the British Museum Library in the nineteenth century: Ower, dealer and donors”. Se

trata de pequeños cuentos, coplas, relaciones de comedias, romances, coloquios, etc., que, en ocasiones pregonaban los vendedores ambulantes. Son, pues, obras menores de los siglos xv al xviii, pero muy interesantes como expresión de una cultura popular alejada de las élites y de los bibliófilos y que fueron adquiridas por la British Library durante el siglo xix. Un fondo que obtuvo más tarde la Biblioteca Británica en subastas y donaciones procedentes de importantes bibliotecas privadas como las de T. Croft, J. Black o Grenville, entre otros. Las obras fueron impresas en distintos lugares, Barcelona, Valencia, Málaga, Córdoba, etc. West pasa revista a cuatro poseedores de libros españoles, como también hacen otros autores: Holcraft, Black con menos libros y Grenville y Cosens con una cantidad apreciable.

Don W. Cruickshank en “El otro Chorley: el teatro clásico español en Inglaterra” estudia a Calderón partiendo de *En la vida todo es verdad y todo mentira* y el interés de los británicos por la literatura española, en general, y del teatro clásico, en particular. Tan es así que no pocos de los interesados hablaban español, se carteaban con españoles, habían pasado algún tiempo en España, lo aprendieron durante los sucesos de la Guerra de Sucesión o de la Independencia e incluso para leer algún autor en concreto, o se interesaron por lo español con ocasión del fallido intento matrimonial de Carlos Estuardo y la infanta María. Motivos oportunos para acercarse a la cultura española. El autor se centra en John R. Chorley y su hermano William, poseedores ambos de una buena colección de obras de teatro español. Concreta la afición de William en la cantidad de obras con que adornaba su biblioteca, comedias de Calderón, Juan de Matos, Solís, Tirso de Molina, poesía de Lope, varias ediciones del Quijote, obras de Góngora, Quevedo, Mateo Alemán, Ercilla, Coronel, etc. Esta colección fue a parar a diversas instituciones donde el autor mantiene abierta su investigación.

Gabriel Sánchez Espinosa, por su parte, se centra en Miguel de Cervantes en “Colección cervantina de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo xviii a partir de los catálogos y subastas”. Es precisamente la recepción de *El Quijote*, también los libros de caballería, la que suscita mayor euforia bibliófila a partir de la segunda mitad del xviii gracias a las subastas y a los catálogos que se publican. Ya en 1738 tuvo lugar la edición de Tonson patrocinada por Lord Carteret que contó con la *Vida de Cervantes* de don Gregorio Mayans, escrita merced a las buenas relaciones epistolares e incluso personales con ingleses relevantes. Los catálogos alcanzaron gran difusión constituyendo un mercado nacional, incluso transnacional, por el que se conocen las bibliotecas privadas que contienen obras de Cervantes. Algunas tan importantes como las E. Thomas, T. Beauclerk, T. Croft y J. Hunter, figuras significativas de la sociedad inglesa. Thomas incluso residió en España, entre las obras que debió comprar, halladas en su biblioteca, se encuentran *Fray Gerundio* y autores como Mayans, Feijoo, Flórez y otros del Siglo de Oro en español. Beauclerk estaba al día de lo que se imprimía en España y contaba con 289 obras de temas hispanos de los siglos xvi al xviii. Croft aparece en el catálogo de su biblioteca con 530 libros españoles, algunos incunables o raros como *Tirant lo Blanch* y 18 obras de Cervantes con dominio de *El Quijote*. Prevalece el castellano. Hunter con menor número de obras parece más coleccionista que lector y además de autores como A. Ponz o Feijoo contaba con 15 obras cervantinas destacando *El Quijote*.

Entre los coleccionistas, libreros o poseedores de bibliotecas inglesas, destaca la figura de Vicente Salvá que estudia Germán Ramírez en “Vicente Salvá en Londres (1824-1832). Libros, negocios y política. Notas de un epistolario inédito”. El autor hace una interesante semblanza de la rica y agitada vida de este valenciano, filólogo, librero, político, escritor, editor y apasionado bibliófilo. Por su defensa de la Constitución fue elegido diputado a Cortes en 1822, sufrió el triste peregrinaje de las Cortes y acabó refugiado en Gibraltar desde donde pasó a Londres abriendo la Spanish and Classical Library mientras esperaba el regreso a España. Allí desempeñó sus dotes personales como intelectual y hombre de negocios. Ante la dura competencia de

Ackermann, especializado en el libro español y en las colonias o ya repúblicas emancipadas, en 1830 se trasladó a París y tras la muerte de Fernando VII regresó a España, aunque poco después se desencantó de la política. La separación familiar dio origen a una abundante correspondencia, (familiar, amigos, políticos, militares, comerciantes, etc.), que el autor ha trabajado, parte de la cual se ha perdido por la incuria del tiempo, de los avatares históricos o descuido de sus propietarios. Aun así, se conservan unas 2.000 cartas mayoritariamente posteriores a 1830 dejando oscurecidos determinados hechos anteriores que serían muy interesantes conocer por tratarse de un tiempo histórico agitado plagado de esperanzas y de frustraciones. Junto a la correspondencia resaltan los libros de contabilidad o el Catálogo que ayudan a comprender el comercio del libro en el siglo XIX. Esperamos la pronta publicación de esta correspondencia que, a pesar de distintos obstáculos, Germán Ramírez tiene muy adelantada.

Nicolás Bas cierra estos estudios con “La España de *Alatriste*. Libros españoles en las librerías londinenses del siglo XVIII”, y la imagen distorsionada que los británicos tenían de una España periférica cultural y lingüísticamente, amén de los prejuicios tradicionales, fruto de la distancia más mental y lingüística que geográfica que separa Londres de Madrid. El interés por lo español, que también existió, lo encontramos en los libros que aparecen en los catálogos de las mejores librerías o en las reseñas que se podían leer en la prensa periódica o revistas especializadas dirigidas a personas interesadas, fuera en lengua original o en traducciones. El desconocimiento o información distorsionada de España se intentó paliar a través del *Club Street Journal* y los libros de viajes que, a lo largo del siglo XVIII, fueron frecuentes. Edward Clarke fue uno de esos viajeros que dio a conocer autores españoles como Mayans, Mariana, Feijoo y otros del Siglo de Oro. Richard Twiss, que a su paso por Valencia compró libros en valenciano y su catálogo recoge autores del siglo XVIII. Henry Swinburne también se preocupó de dar a conocer obras españolas y favoreció su producción. El viajero John Talbot, que visitó la biblioteca de Mayans, dedicó un trabajo monográfico a la literatura española publicado en 1781. Y Mayans, que mantuvo correspondencia con ingleses, participó activamente en la edición de *El Quijote* de 1738. El autor se fija en las bibliotecas privadas de Folker, Dormer, Croft, Harley, Begford, Harley, etc., destacando el carácter bibliófilo de sus dueños y pertenencia a las entidades culturales y científicas más prestigiosas que buscaron el interés intelectual por encima de la ostentación con obras en diferentes lenguas y temas generales y multidisciplinarios. Algunos libreros tuvieron contacto con impresores españoles, caso de Payne y White con el madrileño Sancha.

Con el presente libro, los lectores podrán acercarse un poco más a la realidad, siempre compleja, que presentan los autores coincidentes en sus distintos planteamientos. Destacar la buena calidad de las bibliotecas inglesas y sus fondos de libros españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. Resaltamos el interés por la literatura y autores del Siglo de Oro, pero fueron numerosos lo que estuvieron al día de las cosas españolas y compraron las obras de Mayans, Feijoo, Ponz, etc., o les interesó el ámbito barroco. Notamos, además de la ausencia de obras científicas, la de obras de los místicos y ascetas, brillantes por el uso de la lengua, como Luis de Granada, santa Teresa, Arias Montano, san Juan de la Cruz, etc., que achacamos, en este caso, a la diferente concepción religiosa y homilética de ambas sociedades. Sabemos del interés de los españoles, de los valencianos concretamente, por los autores ingleses pioneros en el desarrollo de la ciencia y de la filosofía moderna cuyos libros aparecen en bibliotecas, librerías y como texto en las universidades. Y destacable resulta la labor del valenciano Salvá compitiendo por la difusión de la cultura y de los buenos libros españoles en un ámbito poco favorable.

VICENTE LEÓN NAVARRO